



CONEXIÓN CON LA HISTORIA



Porfirio Díaz. Tarjeta de visita, ca. 1867. Imagen tomada del libro *Porfirio. La guerra (1854-1867)*, de Enrique Krauze y Fausto Zerón-Medina.

Héroes del 2 de abril

Al mando de Manuel González, Porfirio Díaz y Carlos Pacheco las fuerzas republicanas recuperaron la ciudad de Puebla en 1867, en una de las batallas que se recuerdan por su calidad estratégica y el valor de su reducido batallón, que replegó al ejército del Segundo Imperio de Maximiliano de Habsburgo



**ÉPICA
VICTORIA**

Episodio de la Batalla de Puebla. 2 de abril de 1867, óleo sobre tela de Manuel Prieto. Imagen tomada del libro *La pintura militar de México en el siglo XIX*, de Eduardo Báez.

POR RAÚL GONZÁLEZ LEZAMA *

comunidad@nuevoexcelsior.com.mx

En el inicio de la guerra en contra de la intervención francesa y el Segundo Imperio encabezado por Maximiliano de Habsburgo, las fuerzas de la República experimentaron muchos reveses y conocieron pocos triunfos. La superioridad del enemigo había dispersado y arrinconado al ejército nacional en unas cuantas áreas de nuestro territorio, desde donde sin contar apenas con recursos, resistió con la convicción de reconquistar la soberanía usurpada.

Lentamente, con base en esfuerzos y sacrificios, los partidarios de la causa que representaba Benito Juárez lograron revertir las circunstancias y convertirse de perseguidos en persecutores. En 1867 fueron los imperialistas quienes se vieron obligados a parapetarse y resistir; así lo hicieron en las ciudades de Querétaro, México y Puebla. Al general Porfirio Díaz le correspondió, el 2 de abril de ese año, tomar esta última posición, mientras que el general Mariano Escobedo intentaba derrotar al emperador guarecido en Querétaro.

El 9 de marzo, los republicanos iniciaron el sitio de Puebla. Díaz erigió su cuartel en el cerro de San Juan, mismo lugar donde en 1863 el mariscal Forey había establecido el suyo. Desde su enclave, Porfirio Díaz reflexionó sobre su comprometida situación.

No disponía de hombres ni materiales de guerra suficientes para poder efectuar un sitio de larga duración: contaba con unos seis mil hombres. El enemigo refugiado en la ciudad tenía un número similar, pero en su favor contaba con una posición más ventajosa, superaba a los republicanos en la cantidad y calidad de su artillería y conservaba en su poder los fuertes de Loreto y Guadalupe, aquéllos desde los que Ignacio Zaragoza y sus tropas habían rechazado el 5 de mayo de 1862 a los franceses que comandaba el conde de Lorencez. Además, los franceses esperaban que en cualquier momento llegara Leonardo Márquez desde México con cinco mil hombres de refuerzo.

Para reducir la ventaja enemiga, Porfirio Díaz desplegó su actividad procurando mejorar su posición con la toma de aquellos puntos que le permitían un mejor control del terreno; para ello, fueron tomadas una a una las calles de la periferia, luchando casa por casa. En esa labor se destacó especialmente el general Manuel González, quien recibió una bala de rifle que le destrozó el codo y le costó la amputación del brazo derecho.

Los republicanos lograron mejores posiciones estratégicas, pero el tiempo transcurría y se reducían las posibilidades de éxito. Después de reflexionar, Díaz determinó que contaba con varias alternativas, aunque todas ellas implicaban un alto riesgo.

Una era levantar el asedio de Puebla y retirarse al sur para evitar los daños que podría producirles un ataque conjunto de las fuerzas de Márquez y de los defensores de esa ciudad; más para ello debía abandonar los pocos elementos de artillería que había reunido con gran esfuerzo.

Otra era salir al encuentro de Márquez antes de que éste llegara a Puebla, afrontando la posibilidad de ser atacado por fuerzas muy superiores a las suyas por el frente y la retaguardia.

Una más consistía en abandonar Puebla y marchar en ayuda de los sitiadores de Querétaro, opción que implicaba los mismos riesgos que las dos primeras.

Finalmente, podía simplemente asaltar y tomar Puebla.

El 1 de abril de ese 1867, Díaz y su Estado Mayor se decidieron por la última opción. Dividió a sus hombres en 17 columnas de asalto; tres

de ellas realizarían un ataque falso sobre el convento del Carmen, con la intención de que el enemigo descuidara la defensa de los puntos por los que en realidad se pretendía penetrar en la ciudad.

A las 2:45 de la madrugada del 2 de abril, los escasos 18 cañones con que contaba el ejército republicano abrieron fuego sobre las trincheras del Carmen. Al consumirse las municiones, las columnas encargadas de distraer al enemigo iniciaron su ataque falso. Poco tiempo después, el resto de las columnas atacaron los puntos que les habían sido asignados.

Correspondió al mayor Carlos Pacheco comandar la columna de asalto que debía tomar la posición en la calle de Siempreviva. Su misión era tomar las trincheras enemigas y rellenarlas con paja para permitir el ágil paso de las tropas que venían a su retaguardia.

El fragmento de una granada hirió a Pacheco en una pantorrilla. Sin darle importancia siguió avanzando hacia las trincheras enemigas; allí fue herido también en una mano. Continuó su avance rumbo a la plaza, pero un tiro de metralla disparado desde el atrio de Catedral le rompió el muslo izquierdo. Cuando un soldado trataba de socorrerlo, otro disparo le destrozó el brazo derecho.

Al mediodía la plaza fue ocupada y, mientras esto ocurría, Porfirio Díaz, gracias al poder otorgado a José Valverde, se unió en matrimonio con Delfina Ortega, quien se encontraba en la ciudad de Oaxaca.

La del 2 de abril fue una acción bélica audaz y brillante: a un plan juiciosamente concebido siguieron un ataque y asalto ejecutados con perfección. El general Díaz y sus tropas contribuyeron a la pronta y definitiva derrota

de los imperialistas.

Sin embargo, en el éxito de la empresa no fue suficiente la perfecta planeación y ejecución, éstas sólo sirvieron para contrarrestar la desventaja material y táctica de la República. La diferencia determinante fue la férrea determinación de los soldados que intervinieron en el hecho de armas por alcanzar la victoria.

Prueba de la excepcionalidad de estos hombres es que sus tres principales héroes tuvieron, años después, un papel muy destacado en la historia de México: dos de ellos ocuparon la presidencia de la República: Manuel González y Porfirio Díaz; el tercero, Carlos Pacheco, fue diputado, gobernador de los estados de Puebla, Morelos, el Distrito Federal y Chihuahua, así como ministro de Fomento.

* JEFE DE PROYECTOS HISTÓRICOS DEL INEHRM